



HISTORIA

Latifundios en Castilla-La Mancha

La guerra de la «costa de la pana»

Antonio Pérez Henares*

Latifundios albaceteños

En Albacete la situación se parece más a la de los latifundios de Ciudad Real y Toledo que a la de las propiedades de las provincias de Cuenca y Guadalajara, de tierra más repartida. Tienen además los latifundios albaceteños mucha historia y no poca leyenda. Los personajes que los han creado, ampliado y mantenido son figuras enmarcadas en la memoria colectiva de la provincia. Algunos la transformaron, otros pretendieron dejarla para siempre anclada en el pasado. De otros incluso se recuerda el buen corazón.

El marqués de Larios es un título reciente, de la burguesía industrial, que no proviene de Albacete sino de Málaga; le otorgaron la merced en 1865 por “impulsar la riqueza industrial de Málaga”. A fe que lo hizo, y buena prueba de ello son las alcohólicas de su nombre, la ginebra (que también lo lleva) y hasta la calle que tiene dedicada en la ciudad andaluza. La relación con Albacete proviene de entonces, cuando le compró la enorme finca de “Los Llanos” al quebrado marqués de Salamanca. El segundo marqués se casó con una espectacular mujer, muy adelantada a su tiempo, Pilar Pries, que había enviudado de un héroe de guerra del Ejército Nacional. “Pilili” Pries, que es como se la conocía, era la amiga inseparable de la condesa de Berlanga de Duero, otra moderna de la época, que se casó con Edgar Neville. Pero volvamos a nuestro marqués. El padre del actual, en los duros años posteriores a la contienda, y por eso es recordado, hizo construir una cerca de piedra alrededor de toda la finca para dar trabajo a muchos jornaleros hambrientos. Ahí sigue “Los Llanos” y es hoy, en sus características, la más grande de España, guardando en su interior una enorme riqueza agrícola y cinegética, tanto en caza mayor como en menor. Aunque ahora a todos en España, y también en Albacete, el título del marqués les suene tan sólo a ginebra.

El actual propietario del título, José Larios Fernández

de Villavicencio, ha emparentado con la aristocracia de mayor abolengo, nada menos que con la hija menor del duque de Medinaceli y hermana de la actual duquesa, María Paz Fernández de Córdoba y Fernández de Henestrosa, duquesa de Lerma. Las tierras y propiedades industriales del marqués de nuevo cuño han casado, una vez más, con el viejo pero ahora menos adinerado linaje de sangre. Por Albacete y por su finca, que está a unos quince kilómetros de la capital manchega, la verdad es que apenas va ninguno de los dos.

Si el marqués de Larios es recordado aún por su cerca y sus jornales, también, aunque por diferentes razones, es recordado otro de los grandes terratenientes, Mateo Sánchez, “que empezó vendiendo por los pueblos” y acabó construyendo un imperio que hoy es puntero en tierras. Se casó con una rica heredera de pueblo y siguió comprando tierras hasta alcanzar un extensísimo patrimonio de miles de hectáreas. Su finca más famosa es “Orán”, de más de 7.000 hectáreas. Situada en la carretera que va de Albacete a Pozohondo, era la favorita de Francisco Franco, muy amigo del dueño, para sus cacerías de perdices. A ellas une “Los Pontones”, que amplió con otras hasta llegar a las 2.500 hectáreas de La Gineta, junto al río Júcar, y al menos otras dos con superficies más reducidas.

Durante todo el franquismo Mateo Sánchez se negó en redondo a los intentos de industrializar Albacete, y lo consiguió merced al apoyo del general. Afirmaba con rotundidad que las empresas lo único que traerían era “la subida de los jornales”. Sólo al final de los setenta pudo Albacete construir su polígono industrial e iniciar el camino que la ha llevado hoy a ser la más pujante y populosa de las capitales manchegas.

Pero, aunque esa historia quizás se haya borrado del recuerdo, no lo ha hecho otra. Mateo Sánchez obligaba a todos los que de una manera u otra trabajaban para él a llevar una camisa de un espantoso color verde (entonces era el blanco el único color de las camisas), de un paño

(*) Las páginas que siguen forman parte del capítulo titulado *La guerra de la «costa de la pana» (Castilla-La Mancha)*, correspondiente al libro del periodista alcarreño Antonio Pérez Henares y titulado «Los nuevos

señores feudales: Del latifundio de los Alba a las fincas de Abelló». Ha sido publicado recientemente por Ediciones Temas de Hoy, con cuya autorización se reproducen los siguientes fragmentos.

que por cierto se vendía en su tienda de la capital, “La Virgen de los Llanos”, cuyos dependientes también iban, por supuesto, uniformados con la camisa verde de rigor. Don Mateo llevó pistola encima hasta su muerte.

Su hijo Alejandro ha heredado la fortuna, ya que, aunque en principio repartió con sus hermanas, acabó por recomprar casi todo y amplió con nuevas inversiones. Se ha convertido en el terrateniente “número uno”, tanto en extensión como en calidad, pues en todas sus fincas ha introducido el regadío. De su padre ha heredado también no pocas manías: hay quienes dicen que lo de las camisas verdes era cosa suya, y que supera incluso al antecesor en tacañería. “Le pagas dos millones, en billetes por supuesto, por arriendo de una caza y acabas pagando tú la cerveza”, comenta un cazador de la zona. Quizá recuerde cómo, ya en los años sesenta, mientras su padre tenía una flota de Mercedes, él tenía que pedalear en bicicleta cada amanecer para llegar a la base militar aérea de “Los Llanos”, donde hizo la mili con pase *pernocta*, “aunque ahora, por ahorrar, sería capaz de seguir pedaleando”, rematan en Albacete.

Alejandro Sánchez Lodares demuestra con su apellido su parentesco con otros grandes terratenientes de Albacete, los Lodares, aunque a éstos ahora no les vayan tan bien las cosas, a pesar de que una zona de la ciudad esté bautizada como Pasaje Lodares y que en tiempos les trabucaran el apellido en reconocimiento a su poder como “Dolares”. El patriarca de la dinastía, Manuel Lodares, se casó también con una rica heredera, precisamente la hermana de la otra rica heredera con la que se había casado Mateo Sánchez, así que eran cuñados, y sus hijos, primos. De su carácter cuentan que en la época de la República sus empleados corrieron al Casino de Albacete, donde se encontraba, para decirle que habían incendiado las mies y que una de sus fincas estaba ardiendo. Sin inmutarse contestó: “Me extraña. No le he hecho nunca un favor a nadie”.

Su hijo, Gabriel Lodares, heredó tierras y negocios, pero la suerte le fue adversa y no se adaptó demasiado bien a los cambios de los tiempos. Hace unos años falleció víctima de un accidente de tráfico al estrellarse contra un árbol. Aún así, el patrimonio Lodares sigue siendo muy cuantioso.

Si Mateo Sánchez llevaba pistola, el patriarca de la dinastía de los Flores, don Samuel Flores, tío del actual, era de armas tomar. Propietario de extensas tierras en Albacete, sobre todo en el término de Alcaraz, que dominaba, pero también con propiedades en Vianos, Balazote, Lezuza y Peñascosa, que hoy sigue conservando su heredero, era un auténtico señor feudal al más duro estilo.

Sus guardas jurados tenían orden de disparar sobre furtivos, gitanos y vagabundos y se recuerda que, en tiempos de la República, cuando funcionaron los tribunales con jurado, no había uno solo de ellos que se atreviera a condenar a un guarda de don Samuel.

Ganadero de reses bravas, como lo es ahora su sucesor, la anécdota que mejor lo define es aquella en que dos gitanos llegaron, tras sortear milagrosamente la vigilancia, a las puertas de su cortijo de Alcaraz. Interpelados por don Samuel, quedaron mudos y entonces el ganadero les dijo:

—¿No habréis perdido vosotros un burro?

Vieron los calés el cielo abierto y contestaron presurosos:

—Sí, sí, eso es, don Samuel, lo estamos buscando.

—Pues lo hemos encontrado y ahí está, metido en aquel corral. Id a por él.

Allí fueron y entraron, pero nada más superar el umbral les cerraron la puerta, y lo que dentro había no era un burro sino un impresionante morlaco de siete años que habían echado de una plaza por *pregonao*. Cómo salieron de allí los gitanos no se cuenta, pero sí las risas de don Samuel cuando se dejaban las uñas escalando las paredes de su encierro mientras el toro les tiraba *hachazos*.

Las bromas con los toros le gustaban mucho. El día de su boda, a la que acudió su madre en silla de ruedas, hizo una parecida: meter otro toro en el banquete nupcial.

Samuel Flores era soltero. Su única hermana se casó, para divorciarse más tarde no sin antes tener dos hijos: Agustín, al que sus condiciones le impiden hacerse cargo de la fortuna, y el actual Samuel Flores, que se llama en realidad Samuel Romano L. Flores, aunque todos le conocen simplemente como Samuel Flores a secas y a él le parece mejor que así le llamen. Este último es en la práctica el absoluto heredero de todas las tierras de la dinastía, muchas de ellas situadas en Jaén.

En Povedilla, donde tiene “El Palomar”, es costumbre que por las fiestas regale un novillo, que él mismo mata a estoque. El renombre de estas tres familias de terratenientes es mucho, pero fue desgraciadamente mayor, por lo triste y trágico del asunto, el que alcanzó otro propietario albaceteño, Lorenzo López Saus, hace unos quince años. Había empezado la familia, como otros grandes terratenientes, con los tejidos y los pantalones, de donde vienen tantas fortunas en Albacete. Pusieron una fábrica de camisas, Lorenzo se casó con una heredera, la hija del dueño de la fábrica de chocolate “La Pajarita”, y compraron tierras en los pueblos de La Roda y Lezuza. Lorenzo López hubo de sufrir el secuestro y muerte de dos de sus hijos, de diez y trece años. El secuestrador, apodado “El Teléfono”, llamó a su domicilio diciendo que quería entrevistar al niño para Radio Albacete. La madre accedió e hizo que su hermana, algo mayor, le acompañase. Acudieron a la cita y el falso periodista les hizo subir a una casa de la plaza las Carretas. Allí, con la pata de madera de un sillón, intentó atontarlos dándoles un golpe en la cabeza, pero los niños comenzaron a gritar. El siguió golpeándolos hasta acabar con sus jóvenes vidas. Los chillidos de angustia y dolor alertaron al vecindario y el secuestrador fue detenido. En su poder se halló una lista de

las familias más ricas de Albacete y de sus hijos, a los que también pretendía hacer objeto de secuestro. Hoy la fortuna de los Lorenzo, como se les conoce, es una pálida sombra del esplendor pasado.

Villarrobledo es uno de los más extensos términos de España. Pues bien, una gran familia ha poseído desde generaciones gran parte de esas inmensas superficies: los Jiménez de Córdoba, alguno de los cuales fue sempiterno alcalde en la época franquista. El padre de la dinastía murió asesinado por los milicianos en la guerra civil; incluso lo despedazaron de tal forma que jamás pudo encontrarse completo el cadáver, pues faltó una mano. Sus hijas, ya que no tuvo hijos varones, heredaron su fortuna. Una de ellas se casó, precisamente, con el hombre que iba a ser un auténtico y pacífico revolucionario del campo albaceteño, Alejandro Máiquez. Fue este hombre quien, ya en 1969, se decidió a industrializar y modernizar sus explotaciones, aplicando incluso tecnología israelí tras escuchar los elogios que de ella hacía un periodista albaceteño, reportero en la sección de internacional de un gran medio español, tras uno de sus viajes a los *kibutz* judíos. Máiquez, quien incluso tuvo veleidades políticas (fue candidato por Alianza Popular), es hoy en Albacete el contrapunto de los terratenientes que han permanecido anclados en el pasado, como quería Mateo Sánchez.

Otra descendiente de los Jiménez de Córdoba, que ya antepone a su apellido el de Acacio, por ser descendiente de esta también poderosa familia, nos lleva a otro importante terrateniente, aunque en este caso sea un notario madrileño, Francisco Fernández Arévalo. Muy rico en dinero, lo ha querido ser también en tierras, y ha unido al patrimonio de su mujer en Villarrobledo sus fincas “Solana Navalanguilla” (también conocida como “Pedriza de la Higuera”) en el Campo de Calatrava, “La Lóbrega” (2.011 hectáreas) en Villahermosa (Ciudad Real), así como varias más en la región, en Madrid y en Castilla y León.

No puede dejarse Albacete sin hablar de los Falcón. Los fundadores de la dinastía fueron Baldomero y Antonio. Muerto en manos de los milicianos el segundo, Baldomero, partiendo de la finca matriz “La Cañada”, en Hellín, de más de 1.000 hectáreas, extendió sus posesiones. Hoy las mantienen sus hijos, Antonio y Baldomero. Una hija está casada con Daniel Silvestre, muchos años presidente de la Diputación albaceteña, cuyo padre, conocido por el mote de “Absalón”, se había casado con la viuda del enterrador de Hellín.

Cierran este resumen albaceteño algunos otros terratenientes importantes. Así, hay que destacar a la familia de los Núñez Cortés López de Haro, con más de 1.000 hectáreas en Chinchilla; a los Blázquez, con 2.000 hectáreas en “El Balletero”, o a los famosos Iniesta López, cuyo patriarca, de apodo “Rosigón”, empezó rebuscando esparto y acabó poniendo una fábrica y

haciéndose rico, tanto que compró la finca lintera a “Orán”, que también mide las hectáreas en miles.

Entre los nuevos terratenientes está también un conocido personaje de la sociedad albaceteña, Manuel López Vera, accionista mayoritario del periódico *La Tribuna de Albacete*. De familia también humilde, su padre, como muchos otros, también empezó cortando camisas. Vamos, que en Albacete pareciera que la tierra ha salido de las telas.

Por tierras de Cuenca y Guadalajara

Cuenca y Guadalajara ya hemos dicho que tienen una estructura de propiedad muy diferente, aunque Cuenca comparte con las anteriores algunas zonas de latifundio cuyas fincas se han ido entrelazando con las de Toledo y Ciudad Real. No obstante, sí hay que decir, antes de entrar en Guadalajara, que, con permiso de los otros terratenientes de abolengo, como los Melgarejo, o recién llegados, como los Gil o los Franco, quien sigue partiendo el bacalao en esas tierras es Saturnino Muelas, cuya finca en Cañaveras, de 6.540 hectáreas, es la más importante de la región; y a ésta añade otra dedicada a la caza, “Castillo de Alarcón”, en las cercanías de Barchín del Hoyo.

Guadalajara fue descubierta como provincia para monterías hace apenas unos años merced a Carlos Ajamil. Cuenca, a pesar de las tierras que tenía el conde de Romanones, no es una provincia de latifundios sino, muy al contrario, de explotaciones agrarias minifundistas. Ambas provincias son de las mismas o similares características y tienen así el problema inverso al de sus compañeras de comunidad. Sólo el abandono de los pueblos ha permitido que los agricultores que han permanecido puedan, a través del arriendo de tierras, explotar cultivos que rentabilicen su maquinaria y la moderna manera de trabajar el campo.

A pesar de su minifundio, Guadalajara da sorpresas. Es cierto que, mientras en Ciudad Real y Toledo hay centenares de fincas de más de 1.000 hectáreas, resulta difícil hallar una veintena en Guadalajara. Pero algunas hay y vamos a descubrirlas.

La primera es “El Noguerón”, una finca de 1.000 hectáreas en el término de Trillo, donde está la central nuclear, que ha dado la monumental sorpresa de convertirse en 1993 en la finca que más y casi mejores trofeos de venado ha dado de toda España. Famosa antes por los mullones allí aclimatados, es propiedad de los hermanos Navarro, dueños de las minicentrales hidroeléctricas del alto Tajo y también de, por ejemplo, otra finca en Cuenca, “La Losa”, donde tienen instalada una granja de perdices y faisanes en cautividad, actividad en la que fueron pioneros en España. Total, que “El Noguerón” ha puesto de moda Guadalajara, como antes la pusieron sus jabalíes, pieza en la que esta finca lleva años

siendo puntera, y que hace que ya no pueda decirse, como se decía, que sólo hay venados en “La Picaza”, de 803 hectáreas, en el término de Tierzo, propiedad de Miguel Angel Hervás, o que se hable del lobo medalla de plata que mató en 1976 Pedro Sevilla, secretario *a perpetuum* de la Diputación Provincial, gran cazador y poseedor de una excelente colección. Esa pieza fue cobrada en otra famosa finca, “La Cabañuela”, de 1.470 hectáreas, del conde de Galiano de Aymerich, Jorge de Camps Subirats, situada cerca de Brihuega, adonde ha llegado también el corzo extendiéndose desde las sierras de Ayllón. Y aunque hay quien sugiere con maledicencia que el lobo provenía de la vecina cerca de Fuentes de la Alcarria, donde estuvieron los animales de Félix Rodríguez de la Fuente y que el “medalla” bien pudiera ser un viejo prófugo, no deja de ser por ello un lobo con todas las de la ley. Otra buena finca de caza es “Montefrío”, de los hermanos Loriente Piqueras, unos dinámicos empresarios de Tarancón (Cuenca).

Las fincas de cierta envergadura se hallan casi todas en la zona lindera con Cuenca, en la Alcarria baja, zona de tierra cultivable, por tanto, en los pueblos de Anguix, Alcocer, Albalate, Loranca, Viana y otros vecinos. Aparecen también otras propiedades que rondan las 1.000 hectáreas en las fragosidades del alto Tajo, de monte cerrado en su mayor parte. Los terratenientes son ricos, en

verdad, aunque no tengan tantas hectáreas los de la Vega del Henares, Guadalajara, Azuqueca y Cabanillas.

En tierras de Albalate de Zorita, al lado de otra central nuclear, la primera de España y la más agrietada, está “La Canaleja”, de 680 hectáreas. Su propietario no es alcarreño, sino Ramón Drake Drake, que fuera subdirector general de Impuestos durante el Gobierno de UCD y a quien debemos el actual gravamen sobre la renta. Drake es de familia aristocrática, aunque los títulos los tienen sus familiares, marqués de Eguaras y de Vega del Mar. Lo que él tiene, por puro capricho, son tigres, leones y osos; enjaulados, eso sí. Los que andan sueltos son los ciervos y la caza menor. No deja de ser otra persona alcarreña.

En esta zona se encuentran, además, las siguientes fincas, de más o menos relumbré: “Madrevieja”, en Loranca de Tajuña, con 665 hectáreas, de Alberto Tamayo López Machuca; “San Gregorio”, de José Briones González, de 1.762, en Peralveche; “Monte de Abajo”, de 522 hectáreas, en Illana, de Fernando Abitua Arena, en cuyo término se encuentra también la propiedad de Carmen Solá Domínguez, con 1.246 hectáreas; “Monte la Herrera”, en Fuentenovilla, con 504 hectáreas, de Cayetano Herrera Póveda; la finca de Fernando Ruiz García, de 567 hectáreas, en Almoguera; la de Carmen Jáudenes Villalonga, de 532, en Hueva; la de Emilio Gamir Prieto y hermanos, de 717 hectáreas; la de Rafael



Daniel Robles

Prieto Sarrusate, de 1.173 hectáreas, y la de los herederos de Heliodoro Revuelta Sánchez, de 839, estas tres últimas en el término de Albalate de Zorita. En Viana de Mondéjar tiene 1.600 hectáreas Víctor Serrano Serrano. En Alcocer hay otras dos buenas fincas: una de Jomuert, S.A., de 1.026 hectáreas, y “Los Cabezos”, de 1.092 hectáreas.

Cercana, con un esbelto castillo roquero asomándose sobre el Tajo, está Anguix y dos grandes explotaciones: “Anguix” y “Monte Anguix”, de 1.327 hectáreas y 1.717 hectáreas, respectivamente, que en realidad han pertenecido a la misma familia, la conocida como “Los Lechuginos”. Ahora están de nuevo juntas por los matrimonios de dos hermanas con dos hermanos y gestionarse en conjunto la finca.

Subiendo río arriba, ya en el alto Tajo, aparecen las propiedades de Pascual Benito Morancos, de 620 hectáreas, en Checa; de Juan Bautista Vázquez Martínez, de 552 hectáreas, en Torrecuadrada; del registrador Jesús González Ducay, en Torremocha del Pinar, en el nacimiento del río Arandilla, y las más grandes de “Coto Redondo Novella”, de 1.202, de Dolores Montesoroy Moyano, en Anchuela del Pedregal, y las de “Torrecilla del Pinar Salobre” y “Torrecilla del Pinar Bermeja”, en Torete, con un total de 1.580 hectáreas, pertenecientes a Jaime Vicens Carbonell. Los hermanos Alvareda Díaz, ya dentro de los páramos molineses, en Tortuera, tienen 1.466 hectáreas.

Aristócratas, tras la saga-fuga de los Romanones y los ya mencionados, no queda casi ninguno con tierras. El más característico y apreciado, Valeriano Madrazo, dueño de “La Cequilla”, de 578 hectáreas, entre Azuqueca y Chiloéches, que era marqués del Valle de la Colina, murió hace unos meses sin descendencia. Casado con Belén Yavedra, el título, y a la postre las tierras, los heredará su hermana, casada con Miguel Viejo, otro de los propietarios punteros de la capital provincial, aunque ahora con lo que se especula es con la conversión de “La Cequilla” en un campo de golf.

El hijo del marqués de Santo Floro, Agustín Figueroa, en disputa judicial con su hermana mayor, Natalia, por el título nobiliario, tiene la finca de “El Encinar” al lado de El Pozo de Guadalajara, pero ya metida en los Santos de la Humosa, en la provincia de Madrid. Otra de las fincas con apellido ilustre era “El Cerrillar”, en Mandayona y Aragosa, que llegó a tener 1.600 hectáreas, de la familia Albano. Fernando Primo de Rivera compró una parte que vendió después a Gerardo Leal. El resto lo compró un

dinámico agente de la propiedad inmobiliaria, que segregó la parte izquierda y se quedó con la otra parte de monte y labor, de 400 hectáreas, que ha vallado. Posee uno de los más hermosos paisajes de la provincia, sobre la hoz del río Dulce, donde Félix Rodríguez de la Fuente rodó muchos capítulos de *El hombre y la Tierra*.

Separada por la carretera de la anterior, y bajando en esta ocasión hasta el Henares y la vía férrea, está “Cutamilla”, a tiro de piedra de Sigüenza, con un curioso privilegio heredado de los tiempos en que la frecuentó Alfonso XIII: si el dueño, ahora un catalán apellidado Onsens, de la finca va en el tren tiene derecho a que éste se detenga en el apeadero. La finca posee manantial de agua mineral que se embotella bajo la marca “Fuentemilla”.

En la zona alta del río Henares tienen buenas fincas “los Marines”, propietarios de Abonos Marín, en Espinosa de Henares, al igual que los Rojo, en la misma localidad. Cerca de Hita, la patria del arcipreste, tiene su finca de cerca de 800 hectáreas Pepe Montalvo, hasta con palacio, incluido el de Heras, por el nombre del pueblo vecino que se llama así: Heras de Ayuso. Del lado del río próximo a la zona de Ayllón y a las provincias de Soria y Segovia hay muy pocas extensiones de consideración, tan sólo la del soriano Adolfo Martín Cortezón, de 500 hectáreas, en Atienza.

Pero, como ya decíamos, los ricos están en la Vega. El mayor propietario es Victoriano Celada, con 1.105 hectáreas en su Cabanillas de origen y otras 605 en Guadalajara. Emilia Hernando Gil tiene 682 hectáreas en Cabanillas, y la familia Quiles, Demetrio y José, se configura entre las más fuertes, con “El Fresno”, en Fontanar, y 949 hectáreas en el término de la capital, entre “Llanilla” y “Cabeza Martos”, donde también poseen importantes extensiones: los Fluiters, con 836 hectáreas; María Luisa Campo Clemente, 758 hectáreas; María Zuazo Bernabéu, 610 hectáreas; la familia Carabias, que sigue manteniendo 971 hectáreas en el vecino pueblo de Chiloéches; los Ramírez de Haro y Valdés, 883, y los Valdés y Armada y Valdés y Ozores: entre estas dos familias llegaron a sumar 5.000 hectáreas, aunque situadas ya en los altos de Villaflores, en tierras de la Alcarria. O sea que, en conclusión, en Guadalajara no es que haya muchas fincas grandes, ni muchos nobles, ni empresarios de relumbrón; pero algunos, “haberlos haylos”, y además está la finca del constructor Agustín Rojas, “Doña Buena”, en Brihuega, donde Felipe González se va a buscar piedras. Vamos, que la guerra también ha llegado a las Alcarrias. □